

EL CHISME

LAS DEL CHISME, POR ESCALER



#scaler lit.

Ante el tocador, Leonor,
luce su esbeltez sin par.
¡Qué hermosura, qué primor...
y quién fuera *tocador*
(para poderla *tocar*)!

Crónica.

Por ahora andamos muy escamados con eso del cólera.

Desde que por los telegramas de la prensa averiguamos que en la provincia de Valencia había estragos *el terrible huésped del Ganges*, como todavía llaman al cólera algunos gaceteros, hay quien no vive ni duerme ni paga con puntualidad á la patrona; todo del mismo susto, por supuesto. A los que todavía usamos camisa no nos llega ésta al cuerpo; al que más y al que menos, á todos nos parece que sentimos ciertos retortijones y andamos por ahí mustios y cariacontecidos, como si nos hubiera faltado la novia, ó hubiéramos leído un número entero del *Barcelona Alegre*, ó nos hubieran sacado un chalcó mal entallado.

Porque ello parece mentira, pero es cierto: todavía andan por el mundo gentes sencillas que le temen al cólera de guardarropía que nos sale ahora cada año; seres tímidos y apocados que nadan á estas fechas en un mar de láudano y á quienes los dedos se les antojan microbios y los estornudos vómitos y los bostezos síntomas premonitorios de la enfermedad.

—Mire Vd., me decía días pasados uno de éstos, capitán de caballería retirado y sensible él, aunque de la provincia de Badajoz — cuando ahora llamo á alguien por la calle, ó le pido á un amigo dos pesetas, me gusta que me desatiendan.

— ¡Qué raro! ¿Y por qué?

— Porque en estos tiempos, lo que le conviene á uno es que no le hagan *caso*.

De todos modos, el cólera, que según las primeras noticias tendía á hacerse *general*, ha retrocedido y parece haberse estancado, desde que adquirió el carácter de *oficial*.

Porque pasa con esta enfermedad lo contrario que con los individuos de «nuestro valiente y sufrido ejército» como llaman á los militares los supradichos gaceteros. Estos (los individuos del ejército sufrido) para llegar á ser *generales* han de ser primero *oficiales* y nada más. El cólera, por el contrario, no adquiere el carácter de *oficial* hasta después que se ha hecho *general*.

Sea de ello lo que fuere, lo que yo deseo á mis bellísimas lectoras es que la enfermedad reinante no se lije en ellas ni en que son hermosas.

Porque sino, corren un peligro, que no corremos los hombres.

El de que *se les declare*.

CANUTO DELGADO.

CONFESIÓN GENERAL

— Acúsome, padre, de...
 — ¿De qué te acusas, chiquillo?
 — ¡De que soy un pillo!
 — ¿Un pillo?
 — ¡Lo mismo que lo oye usted!
 — Muchacho, tu desvarias:
 ¡si es imposible á tu edad!..
 — Pues no, padre: es de verdad que peco todos los días.
 Vive en mi casa una Clara, morena, viva, graciosa, ¡la chiquilla más hermosa que se ha echado usted á la cara!
 Tiene unos ojos que enojos dan siempre al que los admira; unos ojazos que...
 — Mira, no me hables más de los ojos.
 — La boca es un embeleso; cuanto yo la alabe es poco.
 ¡Padre, se volvía usted loco si ella le diera á usted un beso!
 La barba es muy redondita y con una gracia, que...
 ¡Ay, padre, no ha visto usted una barba más bonita!
 Una barba...
 — ¡Bueno, bueno!..
 — Alto el seno, prominente, ebúrneo, hermoso, turgente...

¡qué seno, padre, qué seno!
 El pié muy breve, menudo...
 — Con que ¡menudo!
 — Chiquito;
 padre, ¡qué pié más bonito!
 ¡si viera usted!
 — ¡(Como sudor!)
 Bien, y... ¡pecas mucho?
 — Yo...
 ¡Yo sí!
 — ¿Y la pecadora?
 ¿esa mujer tentadora?
 — ¡Ella no ha pecado!
 — ¿No?
 — ¡Si ella ignora mis amores!
 — ¿De veras?
 — ¡Lo que oye usted!
 — ¡Cómo me hablas tanto de todos esos pormenores!..
 — Verá usted: yo me levanto todas las noches...
 — ¡(Tunante!)
 — Y de su alcoba delante, sin hacer ruido, me planto.
 Como ella, padre, es tan pura y corre siempre el cerrojo...
 pego mis ojos al ojo frío de la cerradura:
 y allí desnuda, incitante, aun más blanca que el armiño

puedo contemplarla...
 — Niño,
 ¡bastante, por Dios, bastante!
 Y al verla tú, ¿qué haces?
 — ¿Qué?
 Lo primero... *devorarla*.
 — ¿Y después de contemplarla?
 — Toma, ¡figúrese usted!
 — ¡Pero, niño!..
 — Señor cura...
 es una deidad, es cosa...
 ¡usted no sabe lo hermosa que está por la cerradura!
 — ¿Tan bella está?

— ¡Ya lo creo!
 Aprieta sus labios rojos, muerde, y se ponen sus ojos húmedos por el deseo.
 Látele el seno agitado, balbucea, gime, llora, suspira enloquecedora, exhala algún grito ahogado... y hasta hay días...
 — Sí, ya entiendo: pero, y tú, ¿qué haces al ver?...
 — ¿Qué hago? ¡Ay, padre! ¿qué he de [hacer?
 ¡Lo mismo que está usted haciendo!

JOSÉ MIGUEL ALMODOBAR.

DE ACTUALIDAD

¡Mire usted que es mucho asunto
Ahora que los profesores
mandados por el Gobierno
á Rugat, están conformes
en que es cólera y muy cólera
lo que causa defunciones
en La Puebla, Montichi'vo
y otros pueblos *limítrofes*,
en Barcelona prohíben
el plan de inoculaciones
que puso Ferrán en práctica
con aplauso de Doctores
concienzudos y entendidos...
en esto de matar hombres.
¿Y por qué? ¡Vamos á ver!
Si se toman precauciones
para evitar que la cosa
incremento y fuerza tome,
y con ácidos, cloruros
y otras *materias beores*,

á prevención desinfectan
las casas y poblaciones,
¿por qué no ha de permitirse
á Ferrán que fama cobre
introduciendo sus caldos
por y con las *inyecciones*?
¿No es un medio preventivo
como otro cualquiera?... ¡Entonces
no comprendo por qué causa
se emplean tales rigores!
Además: quién se inocula
no sabe á lo que se expone
si acaso prende el *bacillus*
mal, ó en malas condiciones?
Pues con su pan se lo coman
si los *bacillus* que absorbe
en lugar de preservarle
le ponen *coleriforme*.
(Esto creo yo que es lógica,
y á esto se llaman razones.)

Por lo tanto, yo suplico
á todos esos señores
que prohíben el sistema
de las inoculaciones,
que las órdenes que han dado,
sin titubear revoquen,
y den orden á las genes
que ahora tienen á sus órdenes
para que Ferrán se pueda
dedicar á sus funciones
inoculando el bacilus
sin que nadie se lo estorbe.
Pero en dicha orden, deben
poner estas prescripciones:
«Solamente se permite
inocular á los hombres,
pues sabido es que á las hembras,
sobre todo, si son jóvenes,
les prueba mal el sistema...
de las inculaciones.

ANTONIO LIMINIANA.

LOS INOCENTES

(CAFÉ CON PAJA)

Yo tengo una novia... ¡Oh!
¡Más rica! ¡Si V. la viera!
(Vamos. ¡Si la viera yo
tan bien como yo quisiera!)

Pues sí; una novia muy rica
que tengo yo... ¡Claro está
que tener... tener... la chica
solita se tiene ya!

Pero, en fin; que es muy preciosa
y nos queremos la mar,
¡pero la mar! hará cosa
de... una cosa regular.

Su mamá es una señora
que de señora se pasa
y no quiere por ahora
que me meta yo en la casa.

Si he de verla, necesito
que Elisita salga á misa;
(se llama Elisa ¡Ay! ¡Elisa!
¡verdad que es nombre bonito?)

Y sólo de cuando en cuando
como cosa excepcional,
baja un momento al portal
y nos estamos hablando.

Esto ha sido hasta hace poco;
pero yo, viendo ya un día,

que sin verla me volvía
loco, pero vamos, loco,

le hablé serio á la mamá,
se lo dije, le rogué
y la misma noche ya
fuimos todos al café.

Fuimos á la *pajareta*;
¡que noche tan deliciosa!
Elisa estaba hechicera,
hermosa, ¡pero qué hermosa!

Nos pusimos en el lado
de la Ronda... planta baja,
y tomamos café helado
chupando con una paja.

La mamá ¡claro! aburrida
se fué poniendo hecha un leño
y se nos durmió enseguida.
¡Se durmió! ¡Qué hermoso sueño!

Y entre eso y que la noche era
oscura y no había gente
pasamos divinamente
aquella noche primera.

Desde entonces hemos ido
á diario al mismo café
y nos hemos divertido
la mar... ¡Vamos, yo no sé!...

Chupando con la pajita
y haciéndonos el amor,
(y cuánto más oscurita
la noche, mucho mejor...)

¡no sé lo que hemos gozado
los dos, tanto yo como ella!
No tomamos desde aquella
noche más que café helado,

y el día que allí no vamos,
apesar que son los menos,
no comemos ni cenamos
de la pena que tenemos.

Y miren ustedes si es
verdad y lo que ella siente
también no ir, que hace ya tres
días, tres precisamente,

que al café no vamos ya
porque quasi medio en guasa
convenciendo á la mamá
me he metido yo en la casa.

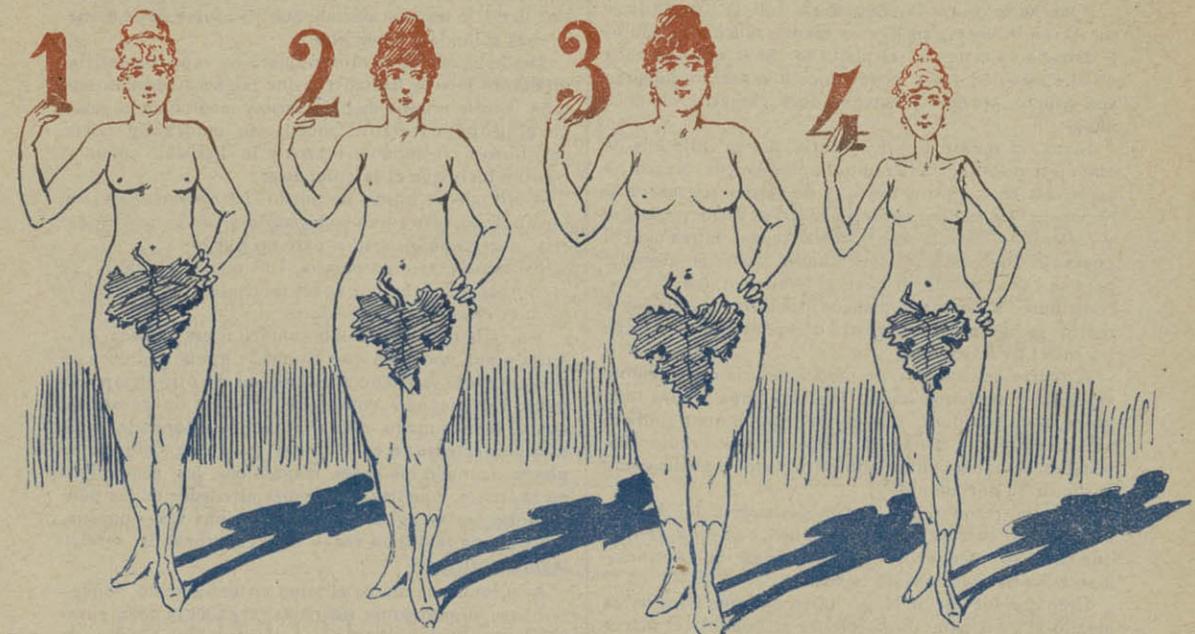
Y ayer me dijo, antes de irse
á dormir la pobrecilla,
que ella no puede dormirse
el día que no hay *pajilla*.

GALÍ (MATÍAS).

La idea para una revista teatral
 y seguramente no dará honra y
 provecho.
 Suyo siempre y para siempre
 Eduardo S. Hermua
 o sea
 Mecachis.
 Si acepta la colaboración entente a
 vuelta de correo.
 Madrid, 7 Junio 27/90.



1. El argumento es este:



2. Rompen la marcha los días, vestidos según el presente figurín. Sale primero el día 1.º; luego el dos, y así sucesivamente, hasta los 365 días del año. Esto, como comprenderá cualquiera, es de mucho interés.



3. Luego la luna nueva.



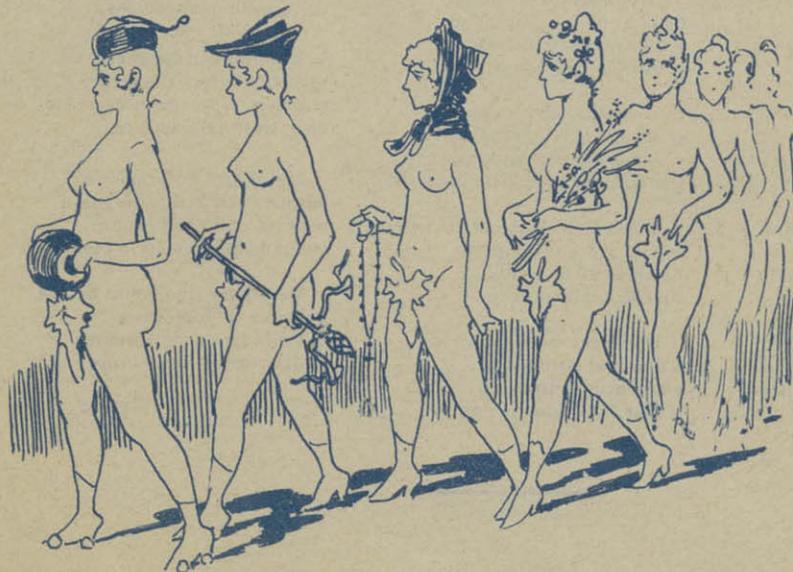
4. Después el cuarto creciente.



5. Detrás la luna llena.



6. Y por último, el cuarto menguante. Esto es de poco efecto, pero en las Revistas por mucha paja que se meta, no importa.



Si guen á estas cuatro, los doce meses del año, que acabarán por levantar... el espíritu del público.



8. Y por último las cuatro estaciones, que cantarán un cuarteto con música imitativa. Cuando cante el Invierno, la orquesta imitará que nieva.



9. Cuando cante la Primavera, la música figurará los trinos de las aves parlteras.



10. Cuando cante el Verano, hasta puede oírse el oleaje del Cantábrico.

11. Y finalmente, cuando cante el Otoño, se sentirán en la música los primeros vientos.



12. Con lo cual se caen todas las hojas y... mucho me engaño, ó será un éxito archimonumental. ¿Qué tal?

EL GATO DE LILI

¡Qué hermosa era la pequeñuela Lili, la hija de Juana Ariaza! Cuantos amigos — y éramos muchos — íbamos a visitar a su mamá en el pequeño chalet que habitaba en el Paseo de Gracia, gozábamos lo indecible jugando con aquella traviesa y encantadora chiquilla de doce años.

Juana, la madre de Lili, sentía por su hija una de esas afecciones que pudiéramos llamar feroces, mezcla de amor maternal, puro y santo, y de cariño sensual a la hermosura de su hija, sobre la cual — al fin mujer alegre y cortesana — parecía tener determinadas miras para el porvenir. Nada había en el mundo bastante elegante para su Lili. La seda, el raso, el terciopelo, los encajes, contribuían a formar riquísimos tocados destinados a realzar la figura del más gentil cuerpecito que paseaba las calles de Barcelona.

A fuerza de cuidados, de atenciones, de celo siempre vigilante y cariñoso, había logrado Juana evitar todo golpe, toda rozadura, que en lo más mínimo pudiera afear a su hija. Y así aquel cuerpo intacto, limpio, impecable, se había conservado puro y sin mancha como el día de su nacimiento.

Por esta razón quería Juana deshacerse del Monín, un hermoso gato de Angola, blanco, con ojos verdes, que con paso menudito y reposado paseaba continuamente las habitaciones de la casa.

Creo que fué Victor Hugo quien dijo que Dios había creado al gato para proporcionar al hombre el placer de poder acariciar al tigre. Lili no sabía una palabra de esto; fácil es que no supiera que Victor Hugo había existido en el mundo; pero es lo cierto que en acariciar al Monín encontraba ella cierta delicia, cierto placer no bien definido ni comprendido, pero que la seducía y arrebatava. Y cuando el animalito, bajo la presión de la mano de su ama, se estiraba lentamente arqueando el lomo, y miraba a Lili con aquellos sus ojos verdes en que se retrataba claramente una suprema dicha, Lili, que experimentaba por decirlo así, el presentimiento de la caricia sensual, gozaba también deslizándose suavemente su mano fina y pequeña desde la nuca y el lomo del animal hasta la cola, que el Monín enderezaba verticalmente a manera de penacho triunfal.

Y a esto era a lo que Juana temía. Encontraba ella la situación un tanto peligrosa para Lili. Un gato siempre es un gato y así como un enamorado hubiera, en circunstancias análogas, acariciado aquella mano que tanto bien le hacía, Monín podía probar su gratitud propinando a su ama un arañazo que afeara de una manera lastimosa su cuerpo ó desfigurara su fisonomía.

Intentó deshacerse del Monín, pero fué en vano. Tuvo que ceder ante la tristeza, casi la desesperación de Lili. Buscó entonces un ardid que le proporcionara el medio de evitar lo que temía y por último creyó haberlo encontrado.

— Mira, dijo un día a su hija. ¿Sabes a lo que te expones acariciando al Monín? A voltearte gato como él. Es el castigo que Dios impone a las niñas que, al llegar a tu edad, hacen lo que tu haces. Un día, si continúas como hasta aquí, te mirarás al espejo y en lugar de esa hermosa cabecita rubia que ahora se refleja en la luna, encontrarás una cabeza de gato, velluda y bigotuda como la del Monín, y entonces yo tendré dos gatos... pero ya no tendré hija.

— Pero...

— Si lo dudas, pregúntaselo al Sr. Doy. El te lo dirá.

El señor Doy (que soy yo, para servir a Vdes.) había dado por aquel entonces, y por razones que la galante-

ría y la discreción me prohíben revelar, en opinar siempre de acuerdo con Juana. De manera que Lili, que tenía en mí absoluta confianza, creyó a piés juntillas lo de la transformación, que yo afirmé de la manera más rotunda y categórica.

Desde aquel día el Monín buscó en vano las caricias que tanto bien le hacían y a que tan acostumbrado estaba. Lili le miraba cuando serio y meditabundo parecía él pedirle cuenta de aquella su mudanza y triste, casi llorosa, le cojía en brazos y le hablaba como si posible fuera que él la entendiese.

— No puedo, hijito, no puedo. Me volvería gato, como tú. Y ya ves tú que facha haría yo de gato. Yo querría, querría acariciarte... pero no puedo.

En tanto el tiempo pasaba, Lili crecía y Juana, su madre, se felicitaba por aquel inocente ardid que había hecho desaparecer sus temores.

Sin embargo, para Lili la tentación era ya azaz violenta y una noche en que Monín le había pedido con conmovedora insistencia las caricias de otro tiempo, la pobre Lili no pudo contenerse y antes de acostarse, con su blanca mano, ahora larga y bien formada, posada suavemente en el lomo del gato que deliraba de placer, reanudó los pases magnéticos, los cosquilleos en la frente, aquellas frotaciones alrededor de las puntiagudas orejas, agotando por la última vez — porque, eso sí, sería la última vez — todo el arsenal de arrebatadoras caricias.

Arqueando de nuevo el lomo en semicírculo, enderezábase el gato sobre sus patas, erguida la cola, enseñando a medias los blancos colmillos con sonrisa de placer felino, clavando las aceradas uñas en la seda del sofá.

Terminado aquel delicioso rato, precipitose Lili, presa de remordimientos, hacía el espejo, para cerciorarse de que ningún cambio se había operado en su fisonomía. ¡Ah! no, aquella hermosa cabeza rubia y sonrosada, de labios sensuales y miradas ardientes y perversas, continuaba siendo la misma. Su mamá y el señor Doy la habían engañado.

Sin embargo, algo intranquila aún, en lugar de acostarse, como tenía por costumbre, ocurriósele pasar una revista general de su cuerpo, para llevar a su ánimo el convencimiento de que, en castigo a su desobediencia, no había sufrido ninguna metamorfosis.

Encendió entonces los dos candelabros del tocador y dejando resbalar por su cuerpo la camisa, irguióse ante el espejo en el apogeo de su hermosura.

De repente dió un grito terrible. En ciertas partes de su esbelto cuerpo, antes blanco y satinado, veíase ahora una como ligera sombra de rubias y nacientes hebras de seda. Bajo los brazos había ya dos pequeñas y tupidas motas de pelo. ¡Horror! ¡Empezaba la transformación! ¡Ah! ya su mamá se lo había pronosticado: «te convertirás en un peludo gato de Angola, bigotudo como el Monín.» ¿Qué hacer? ¡Dios mío! ¿qué hacer?

Ahogándola los fuertes latidos del corazón, precipitose en la habitación de su madre gritando entre sollozos:

— ¡Mamá! ¡mamá! sálvame ¡por Dios!

— ¿Qué te pasa, hija mía! exclamó Juana estrechando entre sus brazos a su hija y palideciendo de temor.

— Que te he desobedecido acariciando al gato y...

— ¿Y te ha arañado? ¡hija mía! ¡te habrá desfigurado!

— No, mamá; pero tus predicciones se han cumplido. Mira, mira. Me voy convirtiendo en gato!

Y confusa y ruborosa, deshecha en un mar de lágrimas, mostraba a su madre su cuerpecito sembrado en ciertos sitios de una naciente vegetación.

Libre Juana entonces de aquel peso que la oprimía,

rompió en estridentes carcajadas que resonaban en la habitación como una cascada de perlas.

—Tranquilízate, hija mía; eso no es nada. Para con-

vertirte en gato... es preciso que caces todavía algunos ratones.

Arreglado á la escena española por
T. DOY.

REMITIDO (1)

SEÑOR DIRECTOR

Dice usted en la «introducción» de su CHISME, señor mío, que no trae la misión de llenar ningún vacío.

Pues si tiene esos resabios ¿por qué lo publica usted?

¿A que nos pone en los labios su CHISME? Vamos ¿á qué?

¿Piensa usted que la mujer se contenta con leer?

La mujer quiere leer y también quiere escribir.

Ni la intimida el trabajo ni el cansancio la intimida.

¿Por qué hemos de estar debajo del hombre toda la vida?

Ya hemos sufrido bastante y es fuerza que nos vengamos y con EL CHISME delante al CHISME nos acojemos.

¿Sus columnas nos ofrece?

Pues le daremos matraca al hombre que se envanece cuando á una mujer ataca.

Esto en la suposición de que sea nuestro «Eco» y varíe de opinión en lo referente al hueco.

Pues síro, aun con pesadumbre, en cuanto EL CHISME veamos, ó lo echamos á la lumbre ó á los perros se lo echamos.

FILIS.

P. D.—Creo que la *cosa* tiene bastante color... local, vea usted si le conviene porque si á Vd. bien le viene no me viene á mí muy mal.

CHISMES Y CUENTOS

Hemos recibido una infinidad de felicitaciones y adhesiones de lectoras entusiastas de EL CHISME, alguna de las cuales en un raptó de entusiasmo llega á ofrecernos su corazón y que sé yo cuantas cosas más; al contrario de otras que nos piden por novios ó por cualquier cosa los chicos más guapos de la redacción de EL CHISME (todos los somos).

Procuraremos complacerlas.

Lo malo es que tantas, que por muchos esfuerzos que hagamos el CHISME no va á poder cumplir con todas.

En la imposibilidad de contestarlas particularmente, desde el número próximo y dentro de la sección de correspondencia, abriremos una sección dedicada exclusivamente á ellas.

Si entre tanto las que tengan más prisa quieren pasarse por la redacción ya saben que tenemos siempre á su disposición el CHISME.

✱

Señor Mansi: Porque no dispongo casi de tiempo no puede darle á usted el CHISME un rapapolvo soberbio.

¿Que si tengo alguna queja?

¡Hombre! ¡Vaya si la tengo!

¿No es este el 2.º número del CHISME? Bien. ¡Y el primero no tuvo que salir antes y pasar por el correo?...

¡Pues ya vé usted si á estas horas se puede hacer juramento de que dándole á usted un palo se le dá con fundamento!

✱

La Semana Cómica dá cuenta de nuestra aparición y despues de devolvernos galantemente el saludo, dice que no se atreve á recomendar EL CHISME... porque es demasiado verde.

¡Muchas gracias, señor!

Un poco más verde que V. pero...

En este mundo en rigor nada es verdad ni mentira; todo es según el color... de la tinta en que se tira.

✱

Según las últimas noticias de los periódicos, la epidemia decrece. Pero... no lo crean Vdes. Todavía andan por ahí las comisiones cobrando dietas.

✱

La mujer de Marcos Limo, á quien ya he visto con varios, cada vez que á ella me arrimo me dice que uno es su primo... ¡Su... primo... los comentarios!

✱

¿Qué creían Vdes? Qué porque hace tan poco tiempo que hemos venido al estadio de la prensa (!) á buscar el *perro*, no se iban á acordar de nosotros los afianzados al culto de las musas y no se iban á tirar al CHISME en cuanto pudieran?

Pues, no señor. ¡Como que ha habido individuo del floreciente gremio de ultramarinos del reino, que se ha arrancado en papel de envolver chocolate con un poema alusivo á Perel, que no cabe en el submarino!

¡Y eso que siendo EL CHISME órgano de las señoras, no nos atrevimos en el primer número á ponerlo á la disposición de los hombres por modestia!

Imp. de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9, (pasaje)

1 Hemos recibido esta poesía, que insertamos, entre otras razones, para suplicar á su autor, ó autora que en lo sucesivo firme con su nombre y apellido toda composición que nos mande. Lo cual quiere decir que no insertaremos con posición alguna que venga firmada con pseudónimo.

N. de la D.

CASO SOSPECHOSO, POR CILLA



¡Cielos! ¡Mi esposa! ¡Gran Dios!
(El la mira... y lleva dos)

ANUNCIO

EL CHISME

ÓRGANO DE LAS SEÑORAS

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO. ILUSTRADO

Se publica los martes y colaboran en él los mejores escritores y los más

renombrados dibujantes

NO ADMITE SUSCRIPCIONES

PRECIOS DE VENTA:

Número suelto. **10** céntimos.
Id. atrasado. **25** "

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Imprenta Militar de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9, pasaje.

HORAS DE DESPACHO

DE TRES Á CINCO DE LA TARDE, TODOS LOS DIAS LABORABLES